

Presentación

Esta entrega del número 20 de *Historiografías* es como de costumbre una combinación de estudios de historiografía y de teoría, eco de investigaciones y novedades bibliográficas. Hemos insistido en la relación entre ambos componentes, la historiografía y la teoría, en otras presentaciones. Pero acaso sea procedente el formularse en esta –debido a algunos temas que tratamos– la siguiente pregunta: ¿qué valor puede tener el estudio o la reevaluación de obras historiográficas y de teoría social hace décadas y/o siglos escritas, y en apariencia desconectadas de las corrientes investigadoras que imperan en la actualidad o del contexto que las vio surgir?: ¿el hecho de formar parte de una tradición contemporánea de ideas políticas y de sus precedentes históricos?, ¿solo una intención estética o histórico-literaria?, ¿una mera voluntad de rescate político?

Nosotros creemos que la respuesta es más compleja y merece una reflexión desde la teoría historiográfica. La escritura histórica y la investigación social tienen una “circularidad” capaz de unir entre sí sus componentes intelectuales, discursivos e ideológicos, para, en ciertos momentos, dar lugar a la aparición de lo que podríamos llamar autores clásicos. A estos los podemos considerar dueños de obras irrepetibles dotadas de una originalidad e influencia más allá de toda duda, y capaces de resistir el paso del tiempo. Pero esta resistencia y/o renombre es en realidad el resultado de un amoldamiento a circunstancias cambiantes, a través de autores capaces de reinterpretarlas y de la obligatoria pérdida de sus mensajes y componentes políticos y utópicos inmediatos; lo que las devuelve al terreno de la pesquisa histórica. Eso hace que un clásico, gracias precisamente a esa circularidad, coloque siempre al lector ante esta disyuntiva: ¿qué sugerencias intelectuales queremos o estamos en condiciones de rescatar y cuáles de dejar atrás.

El énfasis en la circularidad y ambivalencia de los clásicos es justamente lo que persigue el artículo del colaborador de *Historiografías*, José-Tomás Velasco Sánchez con “El descubrimiento del marxismo del siglo XXI entre dilemas y certezas: Gareth Stedman Jones y su biografía sobre Karl Marx”. El texto examina la recepción de esta reciente obra en el medio digital, el mundo académico, así como las réplicas del propio historiador británico realizadas *a posteriori* muy recientemente; y, por supuesto, es una incitación a su lectura con el acento puesto en cómo Marx, quien vivió el siglo de las revoluciones liberales, ha adquirido en el XX un carácter icónico y de qué modo puede ser leído en el “posmoderno” siglo XXI.

No es ocioso el subrayar este propósito, porque el impresionante *Karl Marx. Greatness and Illusion* de Stedman Jones, publicado en inglés en 2016 y en español en 2018, no solo ha sido considerado la mejor biografía e historia intelectual dedicada al padre del marxismo, sino que es también un buen reflejo del proceso de conversión de Marx en un clásico; y quizá un todavía mejor ejemplo la historización circular que caracteriza al pensamiento histórico y social. En este caso, un Marx convertido en recuerdo intelectual, figura histórica moldeada por sus circunstancias y estímulo para la filosofía actual.

En su libro Stedman Jones, especialista en historia de los movimientos sociales del siglo XIX, se ha esforzado en “devolver” a Marx a su propia época. Su propósito no

es el haber publicado la primera biografía relevante con aspiraciones de historia intelectual nacida del mundo académico dedicada al pensador y revolucionario germano. El sociólogo David McLelland ya inició esta tendencia en la década de 1970 – precisamente cuando el marxismo occidental entraba en decadencia política–, y más recientemente se han sumado a ella, por ejemplo, la reactualización del *Karl Marx, His Life and Environment* de Isaias Berlín (1995, en realidad su primera obra, editada en 1939) y *Karl Marx: The Burden of Reason (Why Marx Rejected Politics and the Market)* (2002) del profesor norteamericano y especialista en historia intelectual Allan Megill. Pero *Karl Marx. Greatness and Illusion*, por la acogida que ha recibido, parece destinada a poner definitivamente al lector ante la disyuntiva con la que se enfrenta cualquier obra que ingresa en el panteón de los clásicos. O como dice el autor del artículo, “habrá que decidir (...) en este [actual] período de crisis que nos está tocando vivir, qué parte de lo viejo rescatamos y qué parte de lo nuevo deseamos”.

También el texto del profesor de la Universidad de Buenos Aires Martín P. González, que viene a continuación, “Una historia de la historia de las utopías: en torno a la construcción de un campo académico”, muestra un rasgo propio de la actual historiografía de las ideas políticas que incita al rescate de los clásicos: el creciente interés en el estudio de las utopías.

Pese a que el problema de la naturaleza y función de la utopía hunde sus raíces en el siglo XIX –Karl Marx y Friedrich Engels llamaron “utópicos” a otros socialistas de su época y polemizaron con ellos–, hay que esperar al siglo XX, a la época de entreguerras cuando se consolida la ciencia sociológica, para entender por qué el tema ha interesado cada vez más a los especialistas. Porque no es casual que la investigación social de las grandes ideologías políticas de los siglos XIX y XX –los años de entreguerras la iniciaron– sea la que ha sacado a la superficie el interés por la utopía, entendida esta en sus perfiles propios: fenómeno volitivo, político-literario, mistificador e iconoclasta a un tiempo, con componentes proyectivos que afectan a la representación de las temporalidades, y resultado de cambios sociales y culturales. Karl Mannheim adelantó la respuesta a esta incógnita sobre la estrecha relación entre ideología, teoría política y social y creciente interés hacia la utopía en 1929, en su clásico *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Su argumento recuerda la tesis de la circularidad de los clásicos: “mientras que la decadencia de la ideología representa una crisis solamente para ciertas clases sociales y la objetividad que proviene de un desenmascaramiento de las ideologías siempre asume la forma de autoclarificación (...), al abandonar la utopía el hombre perdería la voluntad de esculpir la historia y al propio tiempo su facultad de comprenderla”.

El artículo Martín P. González es una exhaustiva y bien documentada panorámica del proceso de configuración de los hoy llamados *Utopian Studies* destinados a consolidar el tema: desde sus orígenes o precedentes nacidos de ciertas filosofías políticas e historias intelectuales clásicas, como la obra de Mannheim, hasta las últimas tres o cuatro décadas en las que es posible observar al completo ese “campo de estudios”. Y, efectivamente, en este texto el lector hallará un interesante repaso por obras y autores pasados y presentes, hipótesis, críticas y puntos de coincidencia, que vienen ayudando a un terreno plenamente institucionalizado, que cuenta en la actualidad, además de con numerosos estudios, también con revistas, diccionarios y asociaciones. Con su insistencia en la utopía, el objetivo del trabajo persigue, dice su

autor, un punto de partida que permita “una nueva perspectiva para el estudio del pensamiento político”.

El tercer artículo que presentamos pertenece a la investigadora chilena Camila Neves Guzmán. Su título, “Del telescopio hacia la autocomprensión: el libre juego de escalas de Paul Ricoeur y sus implicaciones en el compromiso social del historiador”, nos lleva a un asunto de la teoría historiográfica de las últimas décadas, del que se ocupó este filósofo francés en uno de sus últimos libros, *La memoria, la historia, el olvido* (publicado en francés y en español en 2000), como es el de las relaciones entre la investigación histórica y las memorias. También podemos ver aquí el papel de los clásicos –en este caso Ricoeur–.

El problema es el siguiente: dado que las memorias se han convertido en uno de los temas estrella de la investigación histórica debido a la reciente eclosión de una cultura del recuerdo que se extiende a instituciones de toda clase, cultura popular, producciones intelectuales y a toda suerte de usos del pasado, ¿cómo es posible estudiar tal fenómeno desde una perspectiva propiamente historiográfica? O de otro modo expresado: ¿cómo hacer compatible la investigación del historiador –esto es, su libertad de movimientos– con un ámbito tan estrechamente relacionado con las representaciones que los colectivos e individuos se hacen de sí mismos, y del que participan los propios historiadores?

Como observa la autora, la solución de Ricoeur, quien fue un atento observador de las corrientes historiográficas actuales, merece meditación, porque pone en valor algunas de las claves de estas últimas y elabora con ellas la que podríamos considerar una respuesta clásica destinada a perdurar.

En el artículo de Neves el lector hallará una apretada exposición de algunos grandes temas de la historia cultural acompañada de propuestas para su aplicación al estudio de las clases populares, y de comentarios sobre cómo el historiador puede mantener el contacto intelectual con esas clases o culturas. El comentario de Ricoeur que emprende de la autora, incluye, por ejemplo: la propuesta de colaboración con otras disciplinas para mejor estudiar los comportamientos sociales, sus interrelaciones y representaciones; el recurso a la perspectiva micro para examinar en detalle la multiplicidad de espacios, relaciones y capacidades de transformación que caracteriza a esas representaciones; y, en fin, la necesidad de ampliar la escala de la observación en dirección a lo macro para mejor entender el mundo actual y el papel de Latinoamérica.

El apartado de Historia y teoría se cierra con el artículo de la profesora Laura Fotia del Departamento de Ciencia Política de la Universidad Roma Tre: “América Latina y la Italia fascista: entre diplomacia cultural y propaganda”. El texto es un actualizado repaso por los estudios sobre la propaganda cultural y la política fascista hacia Latinoamérica; una muestra de cómo el examen de políticas culturales y relaciones internacionales puede llegar a enriquecer o renovar una historiografía tan veterana como la de los fascismos.

En el apartado de Varia historiográfica presentamos dos estudios que se centran en un historiador y una obra, aunque también sugieren temas que van más allá.

“*El drama entero de la vida de un pueblo*. La idea de sacrificio en la obra de Joaquín Carrillo como elemento significativo de la identidad jujeña”, de los estudiosos argentinos Diego Citterio y Mario Manuel Choque Corbacho, nos lleva a la historiografía del siglo XIX, a la historia entendida como representación de identidades nacionales y regionales. En este caso, a la principal obra del político y jurista Joaquín Carrillo, autor de una historia de la provincia norteña de Jujuy conforme al canon de la historiografía liberal –que en ese país latinoamericano estuvo representado, como recuerdan los autores, en las obras de Bartolomé Mitre–; con el acento puesto en la Conquista, la colonización y la civilización hispanas, los aspectos políticos y constitucionales, y de la erudición histórica.

“Una versión nacionalcatólica de la historia antigua del Próximo Oriente: *Las primeras civilizaciones* de Luis Suárez Fernández”, de Jordi Vidal, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, cierra el apartado. El texto se centra en un grueso manual publicado en 1979, escrito de la mano de un medievalista con objetivos de divulgación y construido con una factura ideológica que recuerda a los discursos políticos e intelectuales de la postguerra española. Para Vidal, el que en una fecha como la citada, con los estudios de Historia Antigua claramente institucionalizados en España –aunque tardíamente asentados si los comparamos con las tradiciones internacionales–, se publicase el antedicho manual, demostraría que esa consolidación tenía todavía notables lagunas; o, en sus propias palabras, “la Orientalística Antigua” sufría todavía un claro “subdesarrollo”.

Gonzalo Pasamar